

el cacique de Puebla, declaró baldíos dos haciendas del Estado y se proveyó de veinte mil hectáreas, que hoy le producen al año ochenta mil pesos. Otro cacique, Cravioto, Gobernador de Hidalgo, le echó la garra a un rancho de siete mil hectáreas perteneciente a una familia, que está hoy en la miseria. Los Diez Gutiérrez (Pedro y Carlos), que fueron Gobernadores de San Luis Potosí, capturaron veintidós mil hectáreas, sin las cuales se quedaron las comunidades de indígenas.

En Sinaloa se despacharon a su gusto Joaquín Redo y Francisco Cañedo; y en Sinaloa otros, entre ellos el famoso Ramón Corral, que fué Vicepresidente de la República. En Yucatán operaron escandalosamente varios favoritos, entre ellos Molina, y en Campeche la familia Castellot, emparentada con el ministro Romero Rubio.

Según "La Prensa", por estos procedimientos, se quedaron sin sus bienes más de VEINTE MIL mexicanos, y, sin embargo, —añade— los periódicos extranjeros, que desconocen nuestros medios sociológicos y económicos, nos están diciendo ahora, que la revolución en México no tiene razón de ser y que estamos peleando, como los gallos de lidia, por temperamento y amor al "sport".

A las víctimas que se quejaban se las encarcelaba o se las fusilaba. Los indios yaquis, que protestaron contra el despojo de sus tierras en el delta del río Yaqui, fueron unos, exterminados y otros deportados al clima mortífero de Yucatan; y sus pequeñuelos —añade "La Prensa"— distribuidos como cachorros en las poblaciones de Hermosillo y Guaymas.

Bueno es que se vayan sabiendo estas cosas fuera de México para que se tenga idea de lo que, realmente, era la dictadura porfirista.

ANTONIO ESCOBAR.

"C. general Francisco Villa.

He recibido instrucciones de hacer saber a los jefes

revolucionarios, que la intervención americana en México es un hecho indudable y cierto. Los Estados Unidos del Norte han inferido a México una grave ofensa, desembarcando sus tropas en Veracruz y tomando posesión del puerto el día 21 del actual, y haciendo lo mismo algunos días después en el puerto de Salina Cruz. Ese solo hecho constituye la inicial de la guerra y es por lo tanto el momento de hacer un llamamiento al patriotismo de todos los buenos mexicanos, para que, haciendo a un lado aquello que tiende a conservarnos divididos y olvidados en un intenso rasgo de amor patrio, nuestras rencillas interiores, pensemos solamente en el enemigo extranjero, que ha hollado de manera injusta e innoble el sagrado suelo de la patria. Es bien sabido que los norteamericanos, siguiendo la conducta hipócrita e indigna que en todos los casos de intervención han usado, propalan la especie de que no hacen la guerra al pueblo mexicano sino al gobierno, y que no combatirán a los revoltosos; pero claramente se ve que esa conducta no lleva otra mira que la de mantenernos divididos y hacer más fácil la conquista; y por otra parte, como mexicanos patriotas no debemos consentir que en nuestras contiendas interiores de partido, se mezclen naciones extranjeras.

Llamamos pues a nuestros hermanos a la causa común a la defensa de la integridad y del honor nacional. No se trata de que ustedes se rindan y depongan las armas, sino de algo más noble y respetable; de olvidar en estos momentos angustiosos porque atraviesa la República, los odios y rencores de partido, sacrificándolos en aras de la patria, para marchar todos unidos en contra de los invasores yanquis. Fiado en el patriotismo de usted, no dudo que con las fuerzas de su mando se aprestará, desde luego, a combatir la invasión norteamericana. Reitero a usted las seguridades de mi atenta consideración.

Saltillo, Coah., 28 de abril de 1914.—General en Jefe de la división del Bravo, J. Maass".

"Contesto su oficio número 6457 del 28 de abril próximo pasado, en el que por instrucciones que ha recibido usted, me invita a que marchemos unidos contra los extranjeros invasores de nuestro territorio. Comprendo que como pariente próximo del general Huerta, está usted bien enterado de las diabólicas maquinaciones de éste y que como complice que fué usted de la infidencia y traición de febrero de 1913, está perfectamente solidarizado con él. Debe usted saber que no podemos perdonarlo, y que la ruina de él causará la de usted; así pues, doy a usted contestación sólo porque su oficio y este mío son dos documentos históricos, y debo a la posteridad una explicación de los móviles de mi conducta. Sé bien, porque así lo han manifestado próceres del cientificismo, que desde hace mucho tiempo pensaba ese nefasto partido traer la intervención norteamericana a México; pero si de fijo no lo hubiera sabido, tendría la certeza de que ella viene deseada y provocada por ustedes, porque es visible y clara para todo el mundo la maniobra que hacen queriendo apartar el peligro interior por la solidarización de todos los mexicanos frente al peligro exterior. El general Huerta y ustedes no mostraron mucho talento cuando, convertidos en instrumentos de los científicos y el clero asesinaron al presidente Madero y al Vicepresidente Pino Suárez y a una pléyade de liberales demócratas, por que no comprendieron que al mancharse con sangre de héroes para hacer fracasar el movimiento democrático de 1910 encendían una guerra implacable que los llevaría a la ruina.

Y ahora quieren provocar la guerra extranjera para librarse del desastre a que los lleva la guerra civil. Muestran con ello menos talento, porque amontonan montañas de maquinaciones y mentiras que han de derrumbarse sobre ustedes mismos, para aplastarlos. Piensan que aunque no logren la unión a ustedes, de los constitucionalistas armados, pueden no obstante, con el pretexto de la guerra extranjera, armar a muchos mexicanos con cuya simpatía no cuentan, pero cuyo

patriotismo pueden explotar. No reflexionan que van a armar al pueblo justiciero que castigará sus crímenes tan luego como descubra que, no sólo saben ustedes asesinar para hacer fracasar la democracia sino, que también lanzan a la patria a una guerra con una nación extremadamente poderosa, para salvar sus intereses personales y los del partido. Pronto verán que el proyecto satánico de declararnos traidores a la patria, mintiendo nuestra unión con los americanos, es un proyecto estúpido que va a costarles la existencia y que legará a sus familias una eterna vergüenza. Tenemos los constitucionalistas el propósito de hacer todo lo posible, dentro de la dignidad nacional, para evitar la guerra extranjera, pero si no lo logramos, tendríamos dos enemigos; el poderoso extranjero y el compatriota depravado.

Constitución y Reformas.—Torreón, mayo 4 de 1914.—El General en jefe, FRANCISCO VILLA".

El famoso Pancho Villa ha enviado a la viuda del difunto Presidente Francisco I. Madero una carta en que le dice lo siguiente:

"El mismo Francisco Villa que acompañó a su esposo durante aquellos días de lucha que culminaron con la muerte del ignominioso gobierno de Díaz; el mismo Francisco Villa que fué objeto de castigo y persecución por haber cumplido con su deber, este Francisco Villa es el hombre que, unido a una falange de héroes, capitaneados por don Venustiano Carranza, está haciendo temblar ahora al asesino Huerta y borraré para siempre de nuestra historia la deslealtad y el crimen.

"Las fuerzas victoriosas del pueblo prosiguen en su marcha triunfal hacia el interior de la república. Muy pronto la bandera de la libertad flotará orgullosa sobre el Palacio Nacional de México. Cuando llegue ese día será un deber honroso para mí el acompañar a usted y a toda su familia en su viaje de regreso a la madre tie-

rra de la cual le obligaron a huir la traición y el asesinato”.

— El general Villa evidentemente no es sólo un jefe militar de mucha capacidad. Descubre cualidades de estadista cuando dice:

“Esta revolución debe ser la última en México y debe ser completa y conclusiva. Debemos llevarla a cabo por la fuerza de las armas, para que al final no haya observaciones a nuestras órdenes o a nuestras leyes”.

“La revolución debe ser completa y conclusiva o no podrá ser la última. Debe evitar compromisos para ser completa y conclusiva. Madero hizo compromisos y su gobierno fracasó por la traición de aquellos que no supieron apreciarle y se aprovecharon de su clemencia”.

Esto es cierto y la lección no será perdida.

El Presidente Díaz se rindió muy pronto a la revolución de Madero, en favor de las clases privadas de tierras, para establecer su finalidad en la mente de las clases dominantes. Huerta, sosteniéndose en su torpe y desesperada manera, ha prestado, sin saberlo, un valioso servicio a su país forzando una nueva lucha por la causa de Madero para llevarla a su fin.

Villa evidentemente conoce su país y sus grandes necesidades presentes. Le está enseñando que la guerra es la guerra. Está enseñando esto con una fuerza que se recordará por mucho tiempo, que usurpación significa guerra y que el puesto de Presidente electo no se gana con asesinatos por la espalda, sin guerra y sin guerra hasta el fin.

Este es el camino y el único en el que los pueblos que se gobiernan a sí mismos han logrado implantar el gobierno constitucional. Es el único medio con el cual tal gobierno puede ser establecido y afianzado en México.

La intervención armada hubiera sólo dilatado este fin. El reconocimiento de Huerta hubiera sólo ayudado a destruirlo. La política de Wilson está encontrado su vindicación en el curso corriente de los acontecimientos.

Nueva York, abril 22.—El doctor William Bayard Hale, que fué agente confidencial del presidente Wilson en México, publicará en el número próximo de la revista “World’s Work”, un artículo en el cual explica la política del jefe del Ejecutivo americano, en México, y dice que los Estados Unidos no quieren quitar nada a México, porque no desean enajenarse las simpatías del resto de la América latina.

Predice que las fuerzas americanas serán retiradas tan pronto como el orden constitucional y quede restablecido, y que, hasta donde alcance el poder y la influencia del presidente Wilson, no se pedirá, ni se aceptará, indemnización, en territorio ni en dinero. Y agrega: “Pero nadie puede predecir hasta qué punto la influencia de los vastos intereses americanos en México, multiplicados en valor bajo la bandera americana, podrán llegar para hacer imposible la retirada. Pero lo que queremos en México y en toda la América Central es orden y nada más”.

Cree el doctor Hale que las revoluciones centro-americanas son preparadas en Europa y que es el deber de los Estados Unidos decidir cuando están enteramente justificadas.

A juicio del articulista, cuando el Presidente Wilson empezó a informarse sobre los hechos relacionados con el golpe de estado que elevó a Huerta, para juzgar de la legalidad del gobierno de facto que existía en la ciudad de México, se dió el paso más trascendental de cuantos ha inspirado la doctrina de Monroe en todo el proceso de su evolución.

Asegura que el golpe de Estado de Huerta no fué siquiera una revolución, sino un cuartelazo, conspiración de un puñado de militares pagados con dinero de los científicos emigrados y de algunos reaccionarios españoles.

Describe a Huerta como un viejo indio, tuerto, que se alimenta con cognac, y describe con colores muy vivos la traición a Madero y el asesinato de éste.

“La exposición de todo esto —dice— es bastante para reconocer como indudable que era imposible reconocer a Huerta como de un gobierno legal, una vez que Mr. Wilson se dedicó a tamizar revoluciones. La ficción de la tragedia nunca llegó a imaginar un tipo tan asquerosamente villano como Huerta, ni una carrera que de manera tan cumplida justificase que no se le reconociese. Otras potencias no tuvieron escrúpulos en conceder el reconocimiento inmediato, al asesino y usurpador. Pero los Estados Unidos no son imitadores de las potencias. Son y han sido desde el principio de su historia, las avanzadas morales del mundo. El hecho es que las grandes potencias no tienen conciencia, y los Estados Unidos la tienen. Es que somos un pueblo sencillo, que no podemos desprender de nuestro espíritu el prejuicio contra el asesinato. Esto, según los periódicos ingleses, es hipocresía, sentimentalismo, quijotismo, superioridad moral ofensiva para los demás. No es sentimentalismo, sino sana moralidad que, desgraciadamente, desconoce la política extranjera de muchas otras naciones”.

Washington, mayo 18—El Presidente Wilson dijo a los comisionados americanos a la conferencia de Niágara Falls, quienes saldrán mañana para dicha población, que los Estados Unidos estiman que la solución del problema mexicano, íntegramente, de un modo definitivo, será requisito indispensable para que las tropas americanas se retiren de Veracruz.

Aunque Mr. Wilson no dió a los dos comisionados instrucciones precisas, definió que estima esencial la eliminación de Huerta y el establecimiento de un gobierno provisional fuerte, constituido de manera que pueda esperarse de él, que lleve a cabo las elecciones con imparcialidad para todos los partidos y bandos, además de garantizar la solución del problema agrario mexicano, que se considera la causa y origen de la inquietud constante existente en aquel país desde hace varios años.

Se ha sabido que los mediadores tienen ya preparado un plan de arreglo, que someterán a la consideración de los delegados y a todos los interesados, cuya nota saliente consiste en la eliminación de la enojosa cuestión agraria, regulando la forma en que ha de hacerse la división de las tierras, a fin de satisfacer las ansias de justicia de la masa del pueblo, que ha estado hasta ahora sojuzgada por el pequeño grupo de los privilegiados en cuya posesión han estado siempre las tierras de la República.

Esto es lo que se sabe sobre el plan de los mediadores, las líneas generales, de ese su extremo más importante, pero se desconocen los detalles de la forma que le han dado a la solución que proponen para que ésta sea efectiva.

Los mediadores tienen confianza en que cuando los planes que ellos sugerirán sean presentados, los mismos constitucionalistas se apresurarán a pedir que se les otorgue representación en la conferencia donde creen que debe solucionarse el conflicto.

A juzgar por las noticias que el cable nos trasmite, la situación del general Huerta es cada día más difícil; y su gobierno, en la borrasca, rápidamente se desmorona. Los elementos que hasta ayer le fueron ciegamente adictos, comienzan a sentir la necesidad de su caída. Los cómplices del bárbaro sistema que puso en práctica, huyen despavoridos del alcance de su mano. El ejército, su único instrumento positivo de dominio, dá señales claras de indisciplina y desconcierto. Y el pueblo, en constante oleaje, amenaza al tirano y pide su renuncia, suprema aspiración de todos los partidos y de todas las conciencias. Las fuerzas codstitucionalistas avanzan con paso seguro; donde quiera que llegan, triunfan; y los federales, de desastre en desastre, apenas intentan defender su causa, que ya saben como es la peor de las causas. Los arsenales de Huerta se vacían pasando ar-

mas y municiones a poder de sus adversarios. Los generales se mueven de un lado a otro, sin plan y sin fe las tropas. Y el cerco va siendo más estrecho, el derrumbe más inmediato, la fatalidad del desastre más evidente. ¿Qué espera y qué pretende, entre tanto, el déspota? ¿Por qué no abandona la usurpada banda y evita a su patria mayores desgracias y dolores y vejámenes? Huerta une a la ambición del latino la temeraria tenacidad del indio. Prefiere su fama de valiente a su nombre de ciudadano. El orgullo ocupa su frío y duro corazón. Cree que reflexionar es inaudita cobardía. Y para que él demuestre la intensidad de su valor, México ha de convertirse en cenizas. El doctor Urrutia, el más feroz de sus ministros, acaba de huir, en medio de la indignación del pueblo de Veracruz, que pretendió lincharlo. Causa espanto la manera como Urrutia confiesa sus crímenes y se declara reo de inverosímiles delitos. Urrutia, tuvo por cliente a Huerta cuando Huerta pasaba por un gran general en gracia de Madero. Su primer acto de hombre político fué el hacerse cargo de la cartera de Gobernación, después de asesinado Madero por su cliente. El segundo, suscribir órdenes de prisión, disponer "fusilatas" horrendas y perseguir a los amigos tanto como a los enemigos. Al lado de Huerta, Urrutia se volvió otro tigre. Sano y salvo en la Habana el diputado Rendón, diéronle tales garantías, desde México, para inducirle a regresar, que le engañaron. A pesar de las precauciones que tomó Rendón para no ser objeto de una celada, su destino se cumplió. Una tarde, el tirano le exige que lleve a su presencia un sujeto de quien se dice que trama cierta huelga. Rendón accede. Y el sujeto a quien sirve de abogado no sale más de Palacio. Las ropas ensangrentadas le fueron devueltas a la viuda. Rendón se enferma de dolor, de cólera, de presentimiento. Cuatro días después, le echan garras los esbirros, le llevan a Tlalpan y el nieto de Miramón, el general de Maximiliano, le advierte que será ejecutado en seguida. "Déjeme usted escribir una

carta a mi esposa...." contesta y le dan lápiz y papel. Rendón inclina la cabeza sobre una tabla que hace de bufete y en ese instante recibe el balazo que lo deja sin vida. Urrutia dice que cumplió órdenes de Huerta. Pero, la sangre derramada por la libertad, es siempre fecunda. Y arrojados Huerta y Urrutia en las tinieblas de sus crímenes, México resurgirá a la luz de la justicia y del honor.

(“EL HALDO” de Cuba.)

## DOS FRAGMENTOS DEL PADRE LAS CASAS

### BREVISIMA RELACION DE LA DESTRUCCION DE LAS INDIAS.

Descubriéronse las Indias en el año de mil y cuatrocientos y noventa y dos; fuéronse a el año siguiente de cristianos españoles, por manera que há cuarenta y nueve años que fueron a ellas cantidad de españoles; y la primera tierra donde entraron para hecho de poblar, fué la grande y felicísima isla Española, que tiene seiscientas leguas en torno. Hay otras muy grandes e infinitas islas alrededor por todas las partes de ella, que todas estaban, y las vimos, las más pobladas y llenas de naturales gentes, indios d'ellas, que puede ser tierra poblada en el mundo. La Tierra Firme, que está de esta isla por lo más cercano doscientas y cincuenta leguas, poco más, tiene de costa de mar más de diez mil leguas descubiertas, y cada día se descubre más; todas llenas como una colmena, de gentes, en lo que hasta el año de cuarenta y uno se ha descubierto, que parece que puso Dios en aquellas tierras todo el golpe o la mayor cantidad de todo el linaje humano.

Todas estas universas y infinitas gentes, a todo género crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos, a quien sirven: más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas: sin rencillas ni bullicios, no rijosos, no querulosos (1), sin rencores, sin odios, sin desear venganzas que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complición

(1) Es decir, no amigo de pendencias ni querellas.

(1), y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad; que ni hijos de príncipes y señores, entre nosotros criados en regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores. Son también gentes paupérrimas, y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas. Su comida es tal, que la de los Santos Padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos comunmente, son en cueros, cubiertas sus vergüenzas; y, cuando mucho, cúbrese con una manta de algodón, que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadra. Sus camas son encima de una estera, y cuando mucho, duermen en unas como redes colgadas, que en lengua de la isla Española llaman hamacas. Son eso mismo de limpios y desocupados y vivos entendimientos, muy capaces y dóciles para toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra santa fe católica y ser dotados de virtuosas costumbres, y las que menos impedimentos tienen para esto que Dios crió en el mundo, y son tan importunas desde que una vez comienzan a tener noticia de las cosas de la fe para saberlas y en ejercitar los sacramentos de la Iglesia y el culto divino, que digo verdad que han menester los religiosos para sufrirlos ser dotados por Dios de don muy señalado de paciencia; y, finalmente, yo he oído decir a muchos seglares españoles de muchos años acá, y muchas veces, no pudiendo negar la bondad que en ellos ven: cierto, estas gentes eran las más bienaventuradas del mundo si solamente conocieran a Dios.

En estas ovejas mansas y de las calidades susodichas, por su hacedor y criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta

(1) Compleción.

parte hasta hoy, y hoy en este día lo hacen, sino despezarlas, matarlas, angustiarlas, afligirlas, atormentarlas y destruirlas por las extrañas y nuevas y varias, y nunca otras tales vistas ni leídas ni oídas, maneras de crueldad: de las cuales algunas pocas abajo se dirán, en tanto grado que habiendo en la isla Española sobre tres cuentos de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales de ellas doscientas personas.

La isla de Cuba es quizá tan luenga como desde Valladolid a Roma; está hoy casi toda despoblada. La isla de San Juan y la de Jamaica, islas muy grandes y muy felices y graciosas, ambas estás assoladas. Las islas de los Lucayos, que están comarcanas a la Española y a Cuba por la parte del norte, que son más de sesenta con las que llamaban de Gigantes y otras islas grandes y chicas, y que la peor de ellas es más fértil y graciosa que la huerta del rey de Sevilla y la más sana tierra del mundo, en las cuales había más de quinientas mil ánimas, no hay hoy una sola criatura. Todas las mataron trayéndolas y por traerlas a la isla Española, después que veían que se les acababan los naturales de ella. Andando un navío tres años a rebuscar por ellas la gente que había, después de haber sido vendimiadas, porque un buen espía no se movió por piedad para los que se hallasen convertirlos y ganarlos a Cristo, no se hallaron sino once personas, las cuales yo vide. Detrás más de treinta islas que están en comarca de la isla de San Juan, por la misma causa están despobladas y perdidas. Serán todas estas islas de tierra más de dos mil leguas, que todas están despobladas y desiertas de gente. De la gran Tierra Firme somos ciertos que nuestros españoles, por sus crueldades y nefandas obras, han despoblado y assolado, y que están hoy desiertas, estando llenas de hombres racionales más de diez reinos mayores que toda España, aunque entre Aragón y Portugal en ellos, y más tierra que hay de Sevilla a Jerusalén dos veces, que son más de dos mil leguas.

Daremos por cuenta muy cierta y verdadera que

son muertas en los dichos cuarenta años, por las dichas tiranías e infernales obras de los cristianos, injusta y tiránicamente, más de doce cuentos de ánimas, hombres y mujeres y niños, y en verdad que creo, sin pensar engañarme, que son más de quince cuentos. (1)

Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en extirpar y raer de la haz de la tierra aquellas miserandas naciones. La una por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres) oprimiéndoles con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen y se resuelven o subalternan como a géneros todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas.

La causa porque han muerto y destruído tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos, ha sido solamente por tener por su fin último el oro y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas (conviene a saber): por la insaciable codicia y ambición que han tenido, que ha sido mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes, tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas, a las cuales no han tenido más respeto ni de ellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias (porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tratado y estimado), pero como a menos que estiércol de las plazas. Y así han curado de sus vidas y de sus ánimas, y por esto todos los números y cuentos

(1) Es decir, quince millones.

dichos han muerto sin fe y sin sacramentos. Y esta es una muy notoria y averiguada verdad, que todos, aunque sean los tiranes y matadores, la saben y la confiesan, que nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos, antes los tuvieron por venidos del cielo, hasta que primero, muchas veces, hubieron recibido de ellos o sus vecinos muchos males, robos, muertes, violencias y vejaciones de ellos mismos.

### DE LA NUEVA ESPAÑA.

En el año de mil y quinientos diez y siete se descubrió la Nueva España, y en el descubrimiento se hicieron grandes escándalos en los indios y algunas muertes por los que la descubrieron. En el año de mil y quinientos y diez y ocho la fueron a robar y a matarlos que llamaban cristianos, aunque ellos dicen que van poblar; y desde este año de diez y ocho hasta el día de hoy, que estamos en el año de mil y quinientos y cuarenta y dos, ha rebozado y llegado a su colmo toda la iniquidad, toda la injusticia, toda la violencia y tiranía que los cristianos han hecho en las Indias, porque del todo han perdido todo temor a Dios y al rey y se han olvidado de sí mismos. Porque son tantos y tales los estragos y crueldades, matanzas y destrucciones, despoblaciones, robos violencias y tiranías y en tantos y tales reinos de la gran Tierra Firme, que todas las cosas que hemos dicho son nada en comparación de las que se hicieron; pero aunque las dijéramos todas, que son infinitas las que dejamos de decir, no son comparables ni en número ni en gravedad, a las que desde el dicho año de mil y quinientos y diez y ocho se han hecho y perpetrado hasta este día del mes de septiembre se hacen y cometen las más graves y abominables. Porque sea verdad la regla que arriba pusimos, que siempre desde el principio han ido crecien-

do en mayores desafueros y obras infernales. Así que, desde la entrada de la Nueva España, que fué a diez y ocho de abril del dicho año de diez y ocho, hasta el año de treinta, que fueron doce años enteros, duraron las matanzas y estragos que las sangrientas y crueles manos y espadas de los españoles hicieron continuamente en cuatrocientas y cincuenta leguas en torno cuasi de la ciudad de México y a su rededor, donde cabrán cuatro y cinco grandes reinos tan grandes y harto más felices que España. Estas tierras todas eran las más pobladas y llenas de gentes que Toledo, y Sevilla, y Valladolid, y Zaragoza juntamente con Barcelona, porque no hay ni hubo jamás tanta población en estas ciudades cuando más pobladas estuvieron, que Dios puso y que había en todas las dichas leguas, que para andarlas en torno se han de andar más de mil y ochocientas leguas. Más han muerto los españoles dentro de los doce años dichos en las dichas cuatrocientos y cincuenta leguas, a cuchillo a lanzadas, y quemándolos vivos, mujeres y niños, y mozos y viejos, de cuatro cuentos de ánimas; mientras que duraron (como dicho es) lo que ellos llaman conquistas, siendo invasiones violentas de crueles tiranos condenados no sólo por la ley de Dios, pero por todas las leyes humanas, como lo son y muy peores que las que hace el turco para destruir la iglesia cristiana; y esto sin los que han muerto y matan cada día en la susodicha tiránica servidumbre, vejaciones y opresiones cotidianas. Particularmente no podrá bastar lengua ni noticia y industria humana a referir los hechos espantables que en dichas partes, y juntos en un tiempo en unas, y varios en varias, por aquellos hostes (1) públicos y capitales enemigos del linaje humano se han hecho dentro de aquel dicho circuito, y aun algunos hechos, según las circunstancias y calidades que los agrabian: en verdad que cumplidamente apenas con mucha diligencia y tiempo y escritura no se pueda explicar. Pero alguna cosa de algunas

(1) Hostes, ablativo de hostis, huésped y también huete, enemigo.

partes diré, con protestación y juramento de que no pienso que explicaré una de mil partes.

Entre otras matanzas hicieron ésta en una ciudad grande, de más de treinta mil vecinos, que se llama Cholula: que saliendo a recibir todos los señores de la tierra y comarca, primero todos los sacerdotes, con el sacerdote mayor, a los cristianos en procesión y con grande acatamiento y reverencia, y llevándolos en medio a aposentar a la ciudad y a las casas de aposento del señor o señores de ella principales, acordaron los españoles de hacer allí una matanza o castigo (como ellos dicen) para poner y sembrar su temor y braveza en todos los rincones de aquellas tierras, porque siempre fué ésta su determinación en todas las tierras que los españoles han entrado (conviene a saber), hacer una cruel y señalada matanza porque tiemblen de ellos aquellas ovejas mansas. Así que enviaron para esto, primero, a llamar todos los señores y nobles de la ciudad y de todos lugares a ella sujetos con el señor principal, y así como venían y entraban a hablar al capitán de los españoles, luego eran presos sin que nadie lo sintiese que pudiese llevar las nuevas. Habíanles pedido cinco o seis mil indios que les llevasen las cargas, vinieron todos luego y métenlos en el patio de las casas. Ver a estos indios cuando se aparejan para llevar las cargas de los españoles, es haber de ellos una gran compasión y lástima, porque vienen desnudos, en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas, y con unas redecillas en el hombro con su pobre comida, ponense todos en cuclillas como unos corderos muy mansos. Todos ayuntados y juntos en el patio con otras gentes que a vueltas estaban, pónense a las puertas del patio españoles armados que guardasen, y todos los demás echan mano a sus espadas y meten a espada y a lanzadas todas aquellas ovejas, que uno ni ninguno pudo escaparse que no fuese trucidado. Al cabo de dos o tres días salían muchos indios vivos llenos de sangre que se habían escondido y amparado debajo de los muertos (como eran tantos); iban llorando ante los españo-

les pidiendo misericordia que no los matasen, de los cuales ninguna misericordia ni compasión hubieron, antes, así como salían los hacían pedazos. A todos los señores, que eran más de ciento, y que tenían atados, mandó el capitán quemar y sacar vivos en palos hincados en la tierra. Pero un señor, y quizá era el principal y rey de aquella tierra, pudo quitarse, y recogióse con otros veinte, o treinta, o cuarenta hombres al templo grande que allí tenían, el cual era como fortaleza que llamaba Duu, y allí se defendió gran rato del día. Pero los españoles, a quien no se les hán para nada, mayormente en estas gentes desarmadas, pusieron fuego al templo y allí los quemaron, dando voces: "¡Oh, malos hombres! ¿Qué os hemos hecho? ¿Por qué nos matáis? Andad que a México iréis donde nuestro universal señor Motenzuma de vosotros nos hará venganza". Dícese que estando metiendo a espada los cinco o seis mil hombres en el patio, estaba cantando el capitán de los españoles:

"Mira Nero de Tarpeya  
a Roma cómo se ardía;  
gritos dan niños y viejos  
y él de nada se dolía".

Otra gran matanza hicieron en la ciudad de Tepeaca, que era mucho mayor y de más vecinos y gente que la dicha, donde mataron a espada infinita gente, con grandes particularidades de crueldad. De Cholula caminaron hacia Méjico y enviándoles el gran rey Motenzuma millares de presentes, y señores, y gentes, y fiestas al camino, y a la entrada de la calzada de Méjico, que es a dos leguas, envióles a su mismo hermano acompañado de muchos y grandes señores, y grandes presentes de oro y plata y ropas. Y a la entrada de la ciudad, saliendo él mismo en persona en unas andas de oro con toda su gran corte a recibirlos, y acompañándolos hasta los palacios en que los había mandado aposentar. Aquel mismo día, según me dijeron algunos de los que allí se hallaron, con cierta di-

simulación, estando seguro prendieron al gran rey Motenzuma, y pusieron ochenta hombres que le guardasen, y después echáronlo en grillos. Pero dejado esto todo en que había grandes y muchas cosas que contar, sólo quiero decir una señalada que allí aquellos tiranos hicieron. Yéndose el capitán, de los españoles al puerto de la mar a prender a otro cierto capitán que venía contra él (1), y dejado cierto capitán, creo que con ciento pocos más hombres, que guardasen al rey Motenzuma, acordaron aquellos españoles de cometer otra cosa señalada para acrecentar su miedo en toda la tierra, industria (como dije) de que muchas veces han usado. Los indios y gente y señores de toda la ciudad y corte de Motenzuma, no se ocupaban en otra cosa sino en dar placer a su señor poderoso; y entre otras fiestas que le hacían era en las tardes hacer por todos los barrios y plazas de la ciudad los bailes y danzas que acostumbraban, y que llamaban ellos Mitotes, como en las islas llaman Areitos, donde sacan todas sus galas y riquezas, y con ellas se emplean todos, porque es la principal manera de regocijo y fiestas, y los más nobles y caballeros y de sangre real, según sus grados, hacían sus bailes y nestas más cercanas a las casas donde estaba su poderoso señor. En la más propincua parte a los dichos palacios estaban sobre dos mil hijos de señores, que era toda la flor y nata de la nobleza de todo el imperio de Motenzuma. A estos fué el capitán de los españoles con una cuadrilla de ellos, y envió otras cuadrillas a todas las otras partes de la ciudad donde hacían las dichas fiestas, disimulados como que ibana verlas, y mandó que a cierta hora todos diesen en ellos. Fué él, y estando embebidos y seguros en sus bailes, dice: "¡Santiago y a ellos!", y comienzan con las espadas desnudas a abrir aquellos cuerpos desnudos y delicados, y a derramar aquella generosa sangre, que uno no dejaron a vida: lo mismo hicieron los otros en las otras plazas. Fué una cosa ésta que a todos aquellos reinos y gentes puso en pasmo, y an-

(1) A Pánfilo de Narváez.

gustia, y luto, y hinchó de amargura y dolor; y de aquí a que se acabe el mundo y ellos del todo se acaben, no dejarán de lamentar y cantar en sus Areitos y bailes, como en romances (que acá decimos), aquella calamidad y pérdida de la sucesión de toda su nobleza, de que se preciaban de tantos años atrás. Vista por los indios cosa tan injusta, y crueldad tan nunca vista en tantos inocentes sin culpa perpetrada, los que habían sufrido con tolerancia la prisión no menos injusta de su universal señor, porque él mismo se lo mandaba que no acometiesen ni guerreasen a los cristianos, entonces pónense en armas toda la ciudad y vienen sobre ellos, y heridos muchos de los españoles apenas se pudieron escapar. Ponen un puñal a los pechos al preso Motenzuma, que se pusiese a los corredores y mandase que los indios no combatesen la casa, sino que se pusiesen en paz. Ellos no curaron entonces de obedecerlo en nada, antes platicaban de elegir otro señor y capitán que guiase sus batallas; y porque ya volvía el capitán que había ido al puerto con victoria, y traía muchos más cristianos, y venía cerca, cesaron el combate obra de tres o cuatro días, hasta que entró en la ciudad. El entrado, ayuntada infinita gente de toda la tierra, combaten a todos juntos de tal manera, y tantos días, que temiendo todos morir acordaron una noche salirse de la ciudad (1). Sabido por los indios mataron gran cantidad de cristianos en las puentes de la laguna, con justísima y santa guerra, por las causas justísimas que tuvieron, como dicho es. Las cuales, cualquiera que fuese hombre razonable y justo las justificara. Sucedió después el combate de la ciudad, reformados los cristianos, donde hicieron estragos en los indios, admirables y extraños, matando infinitas gentes y quemando vivos muchos y grandes señores. Después de las tiranías grandísimas y abominables que éstos hicieron en la ciudad de Méjico, y en las ciudades, y tierra mucha (que por aquellos alrededores diez, y quince, y veinte leguas

(1) La llamada Noche Triste.

de Méjico, donde fueron muertas infinitas gentes), pasó adelante ésta su tiránica pestilencia, y fué a cundir e inficionar y asolar a la provincia de Pánuco, que era una cosa admirable la multitud de las gentes que tenía, y los estragos y matanzas que allí hicieron. Después destruyen por la misma manera la provincia de Lututepeque, y después la provincia de Ypilcingo y después la de Colima, que cada una es más tierra que el reino de León y que el de Castilla. Contar los estragos y muertes y crueldades que en cada una hicieron, sería, sin duda, cosa difícilísima e imposible de decir trabajos a de escuchar.

Es aquí de notar que el título con que entraban, por el cual comenzaban a destruir todos aquellos inocentes, y despoblar aquellas tierras, que tanta alegría y gozo debieran de causar a los que fueron verdaderamente cristianos con su tan grande e infinita población, era decir que viniesen a sujetarse y obedecer al rey de España, donde no, que los habían de matar y hacer esclavos, y los que no venían tan presto a cumplir tan irracionales y estultos mensajes, y a ponerse en las manos de tan inícuos y crueles y bestiales hombres, llamábanles rebeldes y alzados contra el servicio de Su Majestad; y así lo escribían acá el rey, nuestro señor, y la ceguedad de los que regían las Indias no alcanzaban ni entendía aquellos que en sus leyes está expreso y más claro que otros de sus primeros principios (conviene a saber), que ninguno es ni puede ser llamado rebelde si primero no es súbdito. Considérese por los cristianos y que saben algo de Dios y de razón, y aun de las leyes humanas, qué tales pueden parar los corazones de cualquiera gente que vive en sus tierras segura y no sabe que deba nada a nadie y que tiene sus naturales señores, las nuevas que les dijeren así de súbito: "Daos a obedecer a un rey extraño que nunca visteis ni oísteis, y si no sabed que luego os hemos de hacer pedazos", especialmente viendo por experiencia que así luego lo hacen, y lo que espantable es, que a los que de

hecho obedecen ponen en aspérrima servidumbre, donde con increíbles trabajos y tormentos más largos y que duran más que los que les dan metiéndolos a espada, al cabo perecen ellos y sus mujeres e hijos y toda su generación. El ya que con los dichos temores y amenazas aquellas gentes o otras cualesquiera, en el mundo vengán a obedecer y reconocer el señorío de rey extraño, ¿no ven los ciegos y turbados de ambición diabólica codicia que no por eso adquieren una punta de derecho? Como verdaderamente sean temores y miedos aquellos cadentes inconstantísimos viros, que de derecho natural y humano y divino es todo aire cuando se hace para que valga, si no es el Reatu (1) y obligación que les queda a los fuegos infernales y aun a las ofensas y daños que hacen a los reyes de Castilla, destruyéndoles aquellos sus reinos y aniquilándole (en cuanto en ellos es) todo el derecho que tienen a todas las Indias; y estos son y no otros los servicios que los españoles han hecho a dichos señores reyes de aquellas tierras, y hoy hacen.

Con este tan justo y aprobado título envió apueste capitán tirano otros dos tiranos capitanes, muy más crueles y feroces, peores y de menos piedad y misericordia que él a los grandes y florentísimos y felicísimos reinos de gentes plenísimamente llenos y poblados (conviene a saber), el reino de Guatimala, que está a la mar del sur, y el otro de Naco y Honduras o Guaimura, que está a la mar del norte, frontero el uno del otro, y que confinaban y partían términos ambos a dos o trecientas leguas de Méjico. El uno despachó por la tierra y el otro en navíos por la mar con mucha gente de caballo y de pie cada uno. Digo verdad que de lo que ambos hicieron en mal y señaladamente del que fué al reino de Guatimala, porque el otro prestó mala muerte murió, que podría expresar y colegir tantas maldades, tantos estragos, tantas muertes, tantas despoblaciones, tantas

(1) Reatu, ablativo de reatus, culpa, de reus, reo. Reato es la obligación que queda a la pena correspondiente al pecado.